

EL DEFENSOR DE



LA INDEPENDENCIA

AMERICANA.

Num. 335. — MIGUELLE, SETIEMBRE 9 DE 1848.

Hoy hacen TRES AÑOS, UN MES Y 9 DIAS que las fuerzas navales de la Francia, estacionadas en el Rio de la Plata, están bloqueando, en union con el pirata italiano Garibaldi, los puertos de la República Oriental del Uruguay, y hostilizándola por cuantos medios están á su alcance, sin que el Gobierno de este país ni sus habitantes, hayan dado á aquella nacion el menor motivo de queja ni pretexto para tan infame y alevosa conducta.

Y ¿qué ha conseguido hasta hoy con su bloqueo y sus piráticos asaltos sobre nuestras costas!—Ha conseguido perjudicar el comercio que hacian con este país los Ingleses, los Norte-Americanos, los Brasileños, los Españoles, Portugueses, Sardos &c., dañar el suyo propio; convencernos de la vanidad de sus ataques para imponernos la ley; de nuestra capacidad para resistirlos; y hacer brillar la magnanimidad de nuestro Gobierno que, en cambio de los ultrajes que nos hace, de la sangre que derrama y de la destruccion que lleva por donde quiera que pasa ese *conculador*, dispensa á millares de subditos franceses residentes en nuestro territorio, y abandonados por sus Agentes, la mas eficaz proteccion en sus personas, propiedades y ocupaciones.

La idea sola de intervencion Europea es un agravio á las nacionalidades Americanas; pero si se observa que, bajo el motivo ostensible de la conservacion de la paz, se prolonga una guerra que habia llegado á su término; y se encienden otras nuevas,—se encontrará algo mas que una intervencion en lo que está pasando en el Rio de la Plata. Atencion, Americanos! Atencion!

Han pasado, entre-tanto, TRES AÑOS, UN MES Y 9 DIAS de bloqueo; pueden pasar muchos meses: correrán tal vez los años, y al cabo ¿qué se conseguirá?—la ruina total del comercio en el Rio de la Plata; el odio eterno de sus naturales al nombre frances, y un desengaño tardío y estéril.

EXTERIOR.

CORRESPONDENCIA DEL *Journal du Commerce*.Paris, 1^o de Julio.

Cuando estas páginas de sangre lleguen á esa tierra del Brasil, donde tal vez el incendio revolucionario se halle cubierto por cenizas engañosas, pueda la narracion de las desgracias de que acabo de ser testigo, y de que voy á ser historiador fidelísimo, inspirar á todos los que la lean un terror irresistible y saludable á todo cuanto sea revolucion! Pueda el terrible ejemplo de la desolada Paris convencerlos de que por mas justificada que pueda parecer la insurreccion contra las autoridades constituidas, el único medio seguro de obtener el remedio á los abusos que nos escandalizan consiste en el uso regular, pero tenaz é incesante de la legislacion existente, que nunca deja de producir el resultado que se desea, aunque á costa de mil lentitudes, y al traves de un sinnúmero de obstáculos! Puedan en fin comprender todos los que por ahí sembraban semillas de republicanism, que, si la primera de las naciones del mundo, en civilizacion y en luces no ha podido, en dos experimentos sucesivos, combinar democracia unitaria con grande extension de territorio y gran masa de poblacion, es porque la resolucion del problema es realmente imposible, por ser radicalmente incompatible con las condiciones de la naturaleza humana. Dejémoslos, sin embargo de consideraciones que me quitan el tiempo y el espacio de que no puedo disponer, para entrar sin mas circunloquios en la descripcion de la tragedia; y prepárense todas las lágrimas para derramarse, porque fuera del sentimiento general de humanidad que las ha de hacer verter sobre la triste suerte de esta infeliz capital, en la lista de las victimas de estas jornadas han de encontrar muchos de los que aquí están, los nombres de algunos parientes, los de muchos amigos, y los de un sinnúmero de conocidos.

Todavía no tenia dos meses de nacida la república de 1848, y ya entonces, apreciando yo el sistema político de los que acababan de imponerla á la Francia, me espresaba sobre sus resultados probables de este modo: "Por mas que me digan, la revolucion del 24 de Febrero trae en la barriga otra mucho mayor. Las estúpidas promesas del gobierno provisorio á los proletarios no pueden producir sino la mas amarga de las decepciones. La decepcion ha de producir irritacion, la irritacion traerá consigo la revolucion." Precisamente como lo habia previsto, así se realizó; solamente que la explosion de la catástrofe vino mas temprano de lo que yo presumia, y acompañada de desgracias mucho mayores que aquellas para que me hallaba ya preparado.

Las simientes de comunismo, arrojadas por el gran organizador Luis Blanc en el campo revolucionario, habian fructificado; Ledru-Rollin y Lamartine se preparaban á recoger la cosecha. Ambos abrumados de deudas y ambos pródigos, se habian precipitado descaradamente sobre los dineros de la nacion, y querian continuar; acusados, sin embargo, por la voz pública, y amenazados de inminente castigo por la indignacion de la asamblea nacional, se acordaron de hacer de la miseria universal un instrumento de gobernar, máxima que no se ocurrió al mismísimo Pablo Sarpi, perfeccionador de la inquisicion del Estado de Venecia, no obstante haber llevado el sistema de perfidia gubernativa mucho mas lejos que Maquiavelo.

Las oficinas nacionales, imaginadas para servir de ejército pretoriano á los inventores de la institucion, contenian 117,000 holgazanes; otros 60,000 atraídos de las provincias por la fama de las promesas del gobierno y por las cartas de los compañeros, solicitaban todos los dias con grandes instancias su admision en esos santuarios de la ociosidad y de la pereza. A toda esta turba multa de gente pagaba el tesoro franco y medio por dia, precisamente para que nada hiciese, y tan venturosa les parecia tal existencia, que cuando los fabricantes iban á convidar á los opera-

rios de que precisaban en sus fábricas con precios mucho mayores, ó respondian redondamente que no, ó exigian salarios exorbitantes y fabulosos, y por consiguiente imposibles de conceder. Si algun trabajador mas honrado mostraba tentaciones de aceptar, habia 22 mil facinerosos, nata del monstruoso establecimiento, todos salidos de las galeras, ó condenados por crímenes de robos y asesinatos, quienes, á fuerza de amenazas, en breve les hacia renunciar al propósito de seguir su honrada inspiracion.

La asamblea nacional, considerando por una parte que tan deplorable sistema solo podia servir para agotar el tesoro y para aniquilar con la estincion del trabajo todas las fuentes de produccion, y viendo por otra que las mas urgentes recomendaciones dirigidas al poder ejecutivo quedaban sin resultado, tomó resueltamente la iniciativa del remedio para tamaño mal, y decretó la disolucion de las oficinas nacionales. Segun las disposiciones del decreto todos los individuos de 17 á 25 años que no tuviesen trabajo seguro en Paris ó en las provincias debian ser obligados á sentar plaza en los diferentes cuerpos de linea; todos los que, convidados con precios razonables por fabricantes rehusasen seguirlos, debian ser borrados inmediatamente de los libros de la matricula del establecimiento; todos los que en Paris no pudiesen obtener trabajo y ocupacion debian ser trasportados, á costa del Estado, á los establecimientos desparramados por las provincias, donde hallarian en que ganar la vida honradamente. La publicacion de este decreto fué considerada por los proletarios de las oficinas como un verdadero manifiesto de guerra; y ella fué sin duda la que determinó la explosion del movimiento, que, sin eso, no hubiera tenido lugar sino el dia 14 de Julio, designado para el famoso *banquete del pueblo*. Todos ellos consideraban los decretos anteriores del gobierno, como letras que debian pagarse; así que vieron que los endosantes rehusaban el pago, se prepararon inmediatamente para protestarlas sobre las barricadas. Y era tanto mas natural este proceder de su parte cuanto que muy pocos dias antes de la explosion, el estupendo Lamartine les habia confirmado en sus perversas intenciones, haciéndoles solemnemente las tres promesas siguientes: 1.^a creacion de un *ministerio de trabajo*, especialmente encargado de proporcionarles ocupacion; 2.^a introduccion en el presupuesto de un artículo de 600 millones para satisfacer sus necesidades; 3.^a traduccion en las instituciones del país de los principios del socialismo ó comunismo! Cada vez que escribo el nombre de Lamartine confieso que me siento hervir la sangre. Me indigno cuando veo el detestable uso que el ingrato ha hecho del inmenso talento con que lo dota la infinita bondad de la Providencia. Fué, sin cuestion alguna, el mas funesto meteoro de la tempestad de 1848. Muchas veces lo he comparado en mis conversaciones familiares, á una de esas larvas de insectos lucientes, que tan á menudo se encuentran en esos países del medio dia. Vistas á lo lejos parecen una estrella cuando se aproximan á tomarlas retrocede la mano de horror al encontrar delante de sí un hediondo lagarto.

Como quiera que sea, la explosion del movimiento ya anunciada desde el dia 22, por síntomas nada equívocos y por amenazas formales, estalló el dia 23, víspera de San Juan. Desde el romper el día los facciosos empezaron á construir barricadas por todas partes. En las calles en que la poblacion estaba á su favor, viejos, mujeres y niños les ayudaban; en los demas puntos, todos los que pasaban eran obligados á levantar con sus propias manos esas fortalezas improvisadas, donde dentro de pocas horas debian encontrar la muerte tantos padres de familia, tantos ciudadanos respetables, y tal vez los mismos que ayudaban á construirlos. Una circunstancia sin embargo, que nadie creeria sino la viese, y que no es posible referir sin invocar la venganza de Dios y de los hombres sobre la cabeza de todos los cinco miembros del Directorio, ó estúpidos ó traidores, es que todo esto se ejecutó á su propia vista, en medio del día, y sin que las autoridades ó la fuerza pública hiciesen el mas pequeño esfuerzo para impedirlo. Recien entre diez y once de la mañana es que los tambores de la guardia

nacional empezaron á tocar generala; y casi en el mismo instante en que las compañías se reunieron, estaban los empleados de pagaduría ocupados en distribuir á los insurgentes el salario cotidiano que el gobierno les habia asignado, á costa del tesoro!

La monstruosidad de semejante proceder acabó de llenar la medida de la indignacion de la asamblea nacional, que no pudo contenerse. Inmediatamente exigió un decreto que colocó todas las fuerzas, tanto de linea como de la guardia nacional, bajo la suprema y única autoridad del general Cavaignac; y fué solamente cuando este acto de decision mostró á los miembros del directorio la desconfianza que inspiraban, que algunos de ellos comprendieron la necesidad de demostrar al público, por medio de algun esfuerzo de energia y de valor, la lealtad de sus intenciones. Arago, á quien no acusaré de traicion, pero á quien nadie podrá absolver de incapacidad y flaqueza, se dirigió personalmente á las barricadas del cuartel de la Sorbona, donde sus exhortaciones á los insurgentes le valieron dos ó tres tiros que por milagro no lo mataron: Ledru-Rollin y Lamartine, que se dirigieron *juntos* á otra parte, no fueron, como debia esperarse, mal recibidos, ni obtuvieron cosa alguna; se regalaron, sin embargo, con oír por todas las calles donde pasaron las aclamaciones con que la poblacion indignada los saludaba:—*Abas Lamartine! Abas Ledru-Rollin! Abas la commission executive!*

Para poder comprender bien el plan é intenciones de la insurreccion, es preciso tener algun conocimiento personal de la topografia de Paris, ó por lo menos leer esta narracion puestos los ojos en la carta ó plano de la capital. La linea de operaciones ocupada por la faccion, estendia una de sus alas en la direccion de la Barriera de Saint Denis, y la otra en direccion á la calle de Saint Jacques, del otro lado del Sena. El cuartel general del ala derecha estaba en el cerco de Saint Lazare (*des Saint Lazare*); el del ala izquierda estaba en la iglesia de Saint Séverin, á que servia de plaza de armas el panteon. El centro de la linea ocupaba el barrio de la Ciudad denominado *Cité*, y se apoyaba en toda la calle de Saint Antoine y arrabal del mismo nombre, hasta la barrera del Trono. En vista de estas disposiciones, prueba irrecusable de los conocimientos estratégicos de los directores del movimiento, la intencion era evidente; se trataba de conquistar las dos posiciones centrales y fuertísimas de la prefectura de policia y del *Hotel-de-Ville*, despues de lo cual seria facil caer sobre la asamblea nacional por tres lineas diferentes. Para ejecutar este plan disponian los insurgentes de una fuerza de mas de 200,000 hombres, sin miedo, resueltos, bien armados, y provistos de suficiente artilleria. Tampoco les faltaban municiones de toda calidad; y para que por falta de ellas no tuviera que cesar la lucha, en muchas partes habian establecido fundiciones de piezas de artilleria y balas de fusil, mientras las mugeres se ocupaban en fabricar grandes cantidades de *pyroxilina*, que es aquella substancia recientemente inventada para sustituir á la pólvora, á que otros dan el nombre de *xyloidina*, ó algodón fulminante.

La tactica empleada por los facciosos durante toda la tragedia, y, al menos en los primeros dos dias, seguida de completo resultado, tambien es prueba incontestable de grande astucia, y, en todo caso, de grande y especial experiencia en esta especie de guerra. Todas las calles ocupadas por la insurreccion estaban cortadas de diez en diez pasos por barricadas. Cuando la tropa del gobierno se presentaba delante de la primera barricada facilmente se apoderaba de ella despues de corta resistencia. Lo mismo sucedia con la segunda, y á veces con la tercera; mas cuando se llegaba á la siguiente, inmediatamente cambiaba todo. Pasando los insurgentes por comunicaciones interiores que habian abierto en las casas que ocupaban, ya habian retrocedido; y en el momento en que los soldados, ufanos con las primicias de la victoria, contaban con el triunfo, se veian repentinamente atacados por delante y por detras, con una barricada al frente y otra á retaguardia, al mismo tiempo que un fuego infernal, hecho de las ventanas, acababa de exterminarlos. Esto explica las enormes pérdidas

sufidas por las tropas del gobierno en esta infinidad de ataques parciales. En el ataque de una sola barricada en la plaza Lafayette quedaron tendidos por tierra doscientos cadáveres; la toma de otra barricada en Belleville costó un general, dos coroneles y diez oficiales; de un batallón de la guardia móvil, que entró en el cerco de San Lázaro, cuartel general del ala derecha de la insurrección, apenas salieron por sus pies nueve soldados!

Las hostilidades se rompieron á las once y media de la mañana del día 23 en las barricadas de la puerta de Saint Denis. Cuando en este lugar se presentó la guardia nacional delante de los insurgentes, queriendo obrar con toda la legalidad posible, hizo, que ante todo, se leyese por un comisario de policía la ley recientemente votada contra las reuniones tumultuosas, á que se siguió la primera intimación del magistrado para que se dispersasen. Respondieron que si la asamblea nacional no se hubiese disuelto dentro de 24 horas, marcharían sobre ella y se harían justicia por sus manos. Siguióse la segunda amonestación, en conformidad de las disposiciones de la ley; en cuanto á la tercera, la evitaron por medio de una descarga, de que cayó, entre otros, herido mortalmente con una bala en la cabeza, una persona muy de nuestro conocimiento: fué el negociante Pablo Avrial, muy conocido y estimado en ese país, que estaría muy lejos de presumir el honor que lo esperaba de ser el proto mártir de esta jornada.

No bien se rompió el fuego en la puerta de Saint Denis, inmediatamente se extendió á las otras barricadas mas próximas, y poco á poco á toda la línea. La guardia nacional atacó por todas partes con grande arrojo; los insurgentes se defendieron con verdadera desesperación.

Muchas mugeres se vieron combatiendo con ellos encima de las barricadas; otras venían por medio de las balas á traerles agardiente, y á estimularlos con gritos para que no se desalentasen en la lucha. De dos de estas heroínas hacen mención los diarios, que espantaron á cuantos las vieron por el valor con que buscaban la muerte en una de las barricadas de la calle de San Martín. Una de ellas, joven de veinte años, y linda como una rosa, presa sin duda de algun acceso de delirio amoroso, agitaba convulsivamente con los brazos desnudos y las trenzas sueltas al viento una bandera roja, gritando de cuando en cuando—*Vive la République démocratique et sociale!*—Muchas veces los soldados, encontrando delante de sus fusiles objeto tan digno de compasión, los apartaron para no herirla; no pudo, sin embargo, evitar la suerte que la esperaba, y en breve una bala la extendió muerta sobre la barricada. La segunda heroína, viéndola caer, soltó de las manos el fusil con que combatía, para sostenerla, y cayó con ella. Imprimiolo después un beso en la mejilla con recogimiento religioso; y arrojando la bandera de las manos del cadáver, que todavía parecía apretarla convulsivamente, quedó sirviendo de alférez á la hueste que mandaba, hasta que una segunda bala la extendió al lado de la compañera, á quien quedó tan unida después de la muerte como parecía haberlo sido mientras viva.

El resultado del combate del día 23 ó no fué ninguno, ó si hubo alguna ventaja, estuvo seguramente de parte de los insurgentes; sin embargo, las sombras de la noche vinieron á interrumpir por algunas horas la lucha, que debía empezar de nuevo al día siguiente con mayor fuerza. Ilumináronse por todas partes las ventanas por temor de alguna sorpresa; encendiéronse fuegos en todas las calles con el mismo fin; y á la luz de estas sinistras hogueras, que hubieran debido ser de alegría si el diablo no hubiese querido lo contrario, pasó la consagrada París la espantosa noche de San Juan.

El combate del día siguiente empezó con los primeros rayos de la aurora, y fué mas feliz. Los soldados, escarmentados con los desastres de la víspera, iban mas precavidos; y siempre apoyados en la artillería, cada vez que la cooperación de esta arma podía ser necesaria. En muchas partes lo fué; y con tal artificio estaban construidas algunas de las barricadas, que ni aun eso bastó para forzar á los insurgentes en sus inespugnables trincheras: fué necesario poner en acción toda la industria de los zapadores, é ir á atacar á la facción al favor de comunicaciones subterráneas, abiertas á fuerza de tiempo y de trabajo.

Al fin se consiguió desalojar al enemigo de la formidable posición que ocupaba en la Cité, y tomarle todas las posiciones del ala izquierda de su línea de operaciones, incluso el cuartel general de la iglesia de San Severin y la plaza de armas del Panthéon. Con la pérdida de la Cité perdieron los facciosos toda la esperanza de poderarse del Hotel-de-Ville, que habían atacado por cinco puntos diferentes. Este era el punto esencial de su sistema; porque, si lo hubiesen conseguido, inmediatamente se les habría reunido la inmensa masa de los indecisos, y el triunfo era seguro. En las calles menos sospechadas de comunismo del propio barrio de San Germain, centro del puro legitimismo, se ha descubierto ahora gran depósito de armas, municiones y pertrechos de guerra. Si la insurrección hubiese triunfado por un momento, como el 15 de Mayo, la conflagración habría sido universal, y todo se hubiera perdido.

Con los primeros reveses del día 24, por la primera vez se acordaron los gefes de los facciosos de la posibilidad de una derrota, y de que podría convenirles entablar negociaciones. Enviaron en efecto un parlamentario á la asamblea nacional; mas por las proposiciones que tuvo el atrevimiento de presentar, facilmente se

puede formar idea de la confianza que quien lo mandaba tenia todavía en sus fuerzas. Para que los insurgentes depusiesen las armas y reconociesen la autoridad de la asamblea, exigía el hombre una indemnización de 30 millones, la disolución de la guardia nacional, y la retirada de las tropas lejos de la capital! Semejante cinismo de arrogancia hizo comprender á la asamblea nacional que contra tan grande obstinación ninguna medida de vigor sería escusada; elevándose por tanto, aunque algo tarde, á la par de la gravedad de las circunstancias, empezó por fin á obrar con decisión, invistiendo al general Cavaignac de una especie de dictadura ejecutiva, y decretando por consiguiente la deposición de la despreciable comisión del mismo nombre.

La noticia de que Ledru-Rollin y Lamartine acababan de ser privados del poder fué celebrada por todas partes como una gran victoria: si alguno de ellos en ese momento se hubiese presentado en público, tal vez no hubiese sido tan feliz como Luis Blanc, quien, estando ya á punto de ser fusilado por la guardia nacional, en cuyas manos cayera al atravesar el *Boulevard*, debió la vida á las lágrimas y la elocuencia del abate Sibour, diputado como él, mas tan generalmente estimado por la excelencia de su carácter como el otro aborrecido por sus obras, cuyos resultados se estaban recogiendo ahora. La Providencia los reservó probablemente para mas completo y mas solemne castigo, luego que la enormidad de su traición sea bien reconocida y probada. Ya la correspondencia de Lamartine con Defflote, uno de los principales gefes de la facción, hoy preso, cayó en las manos del gobierno: si de parte de las autoridades hubiese lentad y diligencia necesariamente todo vendrá á descubrirse.

Al vigor desenvuelto por el general Cavaignac así que tuvo los brazos libres para obrar, se debieron todas las ventajas obtenidas el día 24; pero si el triunfo de la buena causa ganó muchísimo en tales atrocidades, se desmandó la irritación de los insurgentes por los reveses que sufrieron, que en ninguna de las lenguas que conozco hay colores bastante vivos para pintarlas como conviene. Cuando la historia haga á la posteridad la narración de los horrores de este funesto día, nadie por cierto querrá creer que tales crímenes fuesen cometidos por la misma nación que se alaba de haber siempre marchado á la cabeza de la civilización de la Europa. El general Brea y uno de sus ayudantes de órdenes, que en clase de parlamentarios fueron enviados á los facciosos, fueron detenidos por ellos y luego puestos á muerte. El general Negrier que les cayó en las manos casi muerto, fué hecho pedazos. Muchos cadáveres de soldados de la guardia móvil fueron encontrados en el panteón colgados por los puños y con el cuerpo atravesado de bayonetazos. Infinito fué el número de los que fueron arrojados al Sena, que esta vez arrastró en tributo al Océano muchos centenares de cadáveres. Cinco oficiales del mismo cuerpo fueron decapitados en la plaza del panteón por una figura humana vestida con trages de muger. Creyóse al principio que era un hombre así vestido, por parecer imposible que en corazón femenino cupiera tanta crueldad; hoy sin embargo se sabe que fué en efecto una muger, que después fué hecha prisionera, y que á mas de esta increíble atrocidad, cometió otras mucho mayores. A ella es á quien se atribuye la inaudita crueldad de haber mutilado, castrándole 3 ó 4 prisioneros que los facciosos abandonaron á su furor. Generalmente hablando, las atrocidades cometidas por mugeres durante los cuatro días de esta lucha sin nombre, son tales que hasta parecen imposibles. En los días 25 y 26 fueron presas muchas mugeres que disfrazadas de cantineras andaban vendiendo á los soldados agardiente y cigarros envenenados. A un dragon que cayó en manos de los facciosos le cortaron los monstruos los pies, y lo pusieron después moribundo en un caballo, diciéndole que fuese á dar parte al general Cavaignac de lo que había visto. Las cabezas de tres oficiales de la guardia republicana fueron encontradas clavadas en picas, llenas las bocas de alquitran y con mechas para servir de faroles. En fin sería preciso escribir volúmenes si hubiera de hacerse mención exacta de todos los horrores de este funesto drama.

El día 25 estaba la insurrección reducida á las posiciones de su ala derecha, y á una parte de la línea del centro que ocupaba el barrio de San Antonio todo entero, fortificado de un modo inespugnable, y defendido aun por cerca de cien mil furiosos que llevaban escrito en sus banderas: *Vainqueurs, nous saccagerons; vaincus, nous incendierons!* (*) El recuerdo de las atrocidades de la víspera había llenado de terror á todos los espíritus; y no había nadie que no deseara se hiciese alguna tentativa de conciliación, por cuyo medio se obtuviera la sumisión de los insurgentes sin nueva efusión de sangre. La idea era sin duda excelente; mas quien sería el que quisiera encargarse de la iniciativa de esta peligrosa misión, en vista de lo que había acontecido al general Brea y otros parlamentarios el día anterior? Fué en estas circunstancias que el Santo Arzobispo de París fué á ofrecerse al poder ejecutivo para el nuevo sacrificio á que solamente la sublimidad de la caridad cristiana podía resignarse.

El ofrecimiento del generoso prelado fué aceptado con grande entusiasmo, y al mismo tiempo con gran susto. Partió inmediatamente acompañado de dos vicarios generales. Iba vestido con sus hábitos prelaticos, cruz pectoral, mitra en la cabeza y un crucifijo en la mano. Por todas partes donde se pasaba se vían las bendiciones y los votos de los que le deseaban feliz suceso. Ya llega al teatro de la lucha; ya trepa con intrepidez por la barricada que debía servirle de calvario. Inmedia-

tamente cesó el fuego sin orden de los comandantes; los fusiles se bajan instintivamente; muchas cabezas se descubren por una especie de movimiento involuntario. Evidentemente las exhortaciones del mártir empezaban á producir efecto. Los insurgentes, atónitos con la novedad del espectáculo, escuchaban con atención; pero, seguramente, á juzgar por lo que después aconteció, los mas feroces empezaron á indignarse al ver que la palabra de Dios, *penetrabilior omni gladio ancipiti*, así les atravesara los corazones. De repente se oyó un redoble de tambores que sofocó la voz del prelado. El fuego se rompió de nuevo inmediatamente; y una bala que atravesó los dos riñones, estendió sobre el calvario de la barricada á la generosa víctima de la caridad cristiana.

Brazos piadosos transportaron al venerable pontífice á una casa vecina. Pocas horas tuvo de vida después del accidente, pero esas pocas fueron las suficientes para dar á la capital un ejemplo mas de esas muertes de santo á que el salmista llama preciosas *in conspectu domini*. Traspasado de dolores atroces nunca se le oyó el mas ligero quejido. Todos se deshacían en llanto á su alrededor; solo él, con serenidad angelica y rostro tan radiante cuanto la violencia del sufrimiento lo permitía, muy lejos de quejarse, daba por el contrario gracias á Dios por haberle permitido coronar con tan precioso remate su carrera pastoral. Preguntado si tenia algo que recomendar al clero de la diócesis ó á las diferentes personas de su familia que se hallaban presentes, respondió que la única cosa que deseaba era que pidiesen á Dios que su sangre fuese la última derramada en esta lucha fratricida. Administráronle de prisa los sacramentos porque no había tiempo que perder. Efectivamente algunos minutos después de la administración de la Extrema-Únion, perdió el uso de la palabra y de los sentidos. Se supuso al principio que había espirado; pero en breve se reconoció por el movimiento de los labios que todavía el angel de la muerte no había cortado el hilo de aquella vida. Algunos momentos antes de fallecer recuperó el uso de la palabra, y se le oyeron distintamente estas palabras: *Bonus autem pastor ponit vitam suam pro ovibus suis*. Animáronse al mismo tiempo los ojos con un fuego divino, y una sonrisa vino á errar de nuevo por un momento sobre los labios del moribundo. Espiró!

*E in atto de morir. Lieto e vivace.
Dir parca; s'apre il cielo, io vado in pace.*
TASSO.

A dios, alma dichosa! Cuando llegues á la presencia del Juez Supremo, pídele que vuelva en fin ojos de misericordia sobre esta triste población, que contiene, en verdad grandes culpables, pero cuya inmensa mayoría es ciertamente de almas justas ó inocentes.

La lucha que acababa de dejar á París huérfana de su prelado continuó todavía, no obstante los continuos refuerzos de las guardias nacionales de provincia, que á cada momento llegaban durante todo el día 25, y la mayor parte del 26, en que los habitantes de la capital pudieron dormir descansados por primera vez. En cuanto á mí, me había reservado la Providencia para testigo casi ocular de la mas horrible escena á que he asistido en todos los días de mi vida y que jamas se separará de mi imaginación, aunque se prolongue por mas de un siglo.

Mandan las leyes de la guerra que en toda ciudad declarada en estado de sitio, como se hallaba París, todo el que sea tomado con las armas en la mano sea inmediatamente fusilado. La pena parece justa; pero quien es el que no se horroriza de aplicarla, no á decenas ni á centenares, sino á millares de individuos que en la presente ocasión se hallaban precisamente en el caso que queda dicho? Pues fué lo que sucedió: y si algo puede disculpar esta horrible carnicería es que la mayor parte, ó tal vez todas las víctimas así sacrificadas, eran facinerosos salidos de los presidios, ó malvados en cuyas espaldas podía leerse escrita de mano del verdugo la atestación de su infamia. Las ejecuciones tuvieron lugar, unas en el campo de Marte, otras en el jardín de Luxemburgo, de donde la huerta del la casa de mi residencia dista como unos diez pasos. El viento de la noche, que era favorable, me traía con deplorable fidelidad todo cuanto pasaba en el lugar de la tragedia; mi imaginación hacia el resto. La carnicería empezó á eso de media noche. Primero se oía una confusión de gritos que partían el corazón de quien los oía, y que decían—*grace! grace!* Era una conducta de prisioneros que venía á recibir la muerte. Seguíanse entonces algunos redobles de tambores, é inmediatamente después una descarga, después de la cual todo quedaba en lúgubre silencio. á penas interrumpido de cuando en cuando por algunos tiros sueltos, disparados sin duda para acabar de matar á algunos de los que todavía hubiesen quedado con vida. Pasado cierto espacio de tiempo volvían á reproducirse las mismas escenas, esto es, nuevos gritos—*grace! grace!* nuevo redoble de tambores, nueva descarga, y por consiguiente nueva conducta de prisioneros que era sacrificada. No puedo calcular ni aun aproximativamente, el número de las víctimas; pero lo que sé es que, habiendo empezado las ejecuciones á media noche, solo cerca de las 2 de la mañana es que acabaron. En cuanto á mí, con los cabellos erizados, petrificado de horror y sin respiración, permanecí allí largas horas estático é inmóvil, sin atreverme ni á dirigir los ojos hacia el sitio de la tragedia, ni á separarme del muro á que no sé qué deplorable encanto parecía haberme incorporado. Cuando el céfiro de la noche hacia temblar las ojas de los árboles, me parecía que oía gemir las almas de los muertos indignados, y que legiones de espíritus pasaban por la superficie de la tierra.

(*) Si vencedores el saqueo; si vencidos el incendio!
(Defensor.)

El día 27 se alzó la prohibición de circular por las calles, que había sido rigurosamente observada en los días precedentes. París presentaba el aspecto de una ciudad tomada por asalto. El agua sangrienta de los riegos de las calles que habían sido teatro de la lucha exhalaba un hedor de sangre corrompida insoportable. Los habitantes desprovistos se miraban los unos á los otros con aire de desconfianza. Todas las tiendas y almacenes estaban cerrados. A las puertas de las casas se veían mugeres y niños haciendo hilas.

(Continuara.)
(Jornal do Commercio.)

INTERIOR.

EL DEFENSOR.

MIGUELETE, SETIEMBRE 9 DE 1848.

Tenemos á la vista varios números del *Mercantil* de Rio Janeiro, en que se registra la discusion habida en la Cámara de Diputados del Brasil, relativa á la contestacion al mensaje del Trono en la parte referente á los negocios extrangeros.

Admira y dá lástima al mismo tiempo ver los crasos errores, y las necias preocupaciones de algunos Señores diputados en orden al Rio de la Plata. Obra fastidiosa sería, y de dudosa utilidad, despues de tanto como se ha ilustrado la materia, ponerse á deshacer los unos, y combatir las otras, en una detenida refutacion. ¿Qué hay que hacer con los que no quieren estudiar las cosas antes de hablar, con los que cierran los ojos para no ver la luz de la evidencia? Callar, y dejarlos seguir en sus despropósitos. En Este caso cesa la obligacion impuesta por el cristianismo en su primera obra de misericordia: enseñar al que no sabe.

No obstante eso, ya que no sea mas que por consideracion al puesto que ocupan esos honorables Representantes Braseros, y á fin tambien de que no se arguya mal de nuestro silencio, vamos á decir algo sobre sus discursos relativos á estos Países.

Lo primero que tenemos que observar es la profunda ignorancia de que se manifiestan poseidos los diputados á que nos referimos, con respecto á las cosas y sucesos de estos países, y el arrojo temerario con que se lanzan á producir con toda formalidad los mayores desatinos y falsedades. Presentaremos algunas muestras estraidas de sus discursos, dejando sin mencionar otras muchas, por no alargarnos demasiado.

El Sr. P. da Silva:—“¿Cómo se puede creer que “Rosas considere el Estado de Montevideo independiente del territorio de la República Argentina, si manda “que tenga curso forzado el papel moneda de Buenos Aires en toda la República Oriental del Uruguay?”

Aquí no tiene curso papel moneda ninguno, ni forzado, ni sin forzar. La única moneda que corre, y se permite correr es la metálica, segun las leyes y reglamentos vigentes sobre la materia. La especie de la circulacion forzada de papel moneda de Buenos Aires fué levantada por los salvajes unitarios para alucinar á los incautos.

El mismo:—“La República del Uruguay pertenecía “al Virreinato de Buenos Aires cuando era Colonia de “la Monarquía Española: en 1811 aparecieron las “ediciones de Artigas y de Elio: el gobierno portugues “para tener seguridad en su territorio se vió obligado á “emplear la fuerza armada en Montevideo: en 1816 “continuando aun en mayor escala la guerra civil, el go- “bierno portugues se vió de nuevo obligado á enviar “nuevas fuerzas que ocupasen ese territorio. Despues “de 1816 quedó de una vez el territorio de Montevideo “destacado de la Confederacion Argentina.”

No ha habido tales sediciones de Artigas y Elio. D. José Artigas fué uno de los primeros campeones de la independencia, y en ese tiempo peleaba en favor de ella. Elio era un General Español que seguía la causa llamada del Rey, contra los patriotas. Mandaba en Montevideo, y tenía el nombramiento de Virey de Buenos Aires, que le había sido dado por el gobierno Español. La entrada en el País y la retirada del Ejército Portugues en ese entonces, fué con acuerdo ó intervencion de las autoridades Españolas de Montevideo. En 1816, cuando vinieron las tropas Portuguesas, á apoderarse de esta Banda Oriental del Uruguay no había en ella guerra civil ninguna; pues que era gobernada, sin oposicion, por el General Artigas. Lo único que había eran diferencias entre este y el Gobierno General de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, á las que pertenecía este País, entonces Provincia Oriental. Despues de 1816 no se efectuó ese supuesto destacamiento: ni en poco, ni en mucho. Lo que hubo fué una ocupa-

cion militar por parte de las fuerzas del Rey de Portugal, la que resistió el País, y no pudo completarse, hasta el año de 1819.

El Señor Paulino:—“Nosotros nos comunicabamos “con el Paraguay por S. Borja é Itapua: hoy están cor- “tadas esas comunicaciones. El Paraguay poseyó de “este lado del Paraná, entre ese rio y el Uruguay una “estension de territorio por el cual se hacian esas co- “municaciones y donde había establecido las antiguas “misiones de Loreto, S. José, Candelaria y otras; y te- “nia allí un destacamento en el lugar llamado tranquera “de Loreto que le pertenecía. Urquiza acaba de espeler “ese destacamento, invadió todo ese territorio, hoy incorpo- “rado á la Provincia Argentina de Corrientes.”

El General Urquiza no ha espelido tal destacamento, ni ha invadido ese territorio. El hizo la gloriosa campaña de Corrientes contra los salvajes unitarios, y llegó con su Ejército hasta cerca de la tranquera de Loreto en el lugar de Vences, donde los derrotó completamente. Concluida esa campaña con esta espléndida victoria, se retiró á su Provincia el Entrerios, de que es Gobernador. Los Correntinos, libres de la tiranía de los Madariagas, nombraron por su Gobernador al Coronel D. Benjamin Virasoro, que es el que actualmente los gobierna.

El Señor Chaves:—“Traigo aquí la relacion de las “fuerzas de Oribe. En esa relacion donde están enu- “merados no solo los Cuerpos que sirven con Oribe, sino “tambien sus Comandantes, se vé que al frente de Mon- “tideo existen 9 Cuerpos de Infanteria, y que apenas “en esos Cuerpos hay un Batallon y cinco Compañias de “Orientales.”

La relacion del Sr. Chaves es tan verídica como todo lo que habla con relacion á nuestras cosas. El Ejército que S. E. el Sr. Presidente D. Manuel Oribe mantiene en el asedio de Montevideo contiene, de fuerzas Orientales de Infanteria en actividad, 3 Batallones de Línea, (1) y otros 3 Batallones y 1 Compañia de milicias.

El mismo Señor Chaves:—“Lo cierto es que Oribe “venció en esa ocasion, en la batalla de la Carpinteria, “á Fructuoso Rivera en consecuencia de la traicion que “este sufrió del Coronel Raña, quien con 600 y tantos “hombres se pasó durante la accion.”

Esto dice el Sr. Chaves como una prueba del eficaz auxilio que dió el General Rosas al Presidente de la República D. Manuel Oribe, dando á entender que á las intrigas del primero se debió la traicion de Raña en la batalla de la Carpinteria. Pues bien, en esa batalla no hubo de parte del Presidente Oribe mas que Orientales, todos guardias nacionales, á excepcion de un piquete de caballeria de línea. Con esa fuerza venció su hermano, el Sr. General D. Ignacio Oribe, á Rivera y Lavalle, que mandaban la fuerza rebelada de salvajes unitarios compuesta de Orientales, Argentinos, é Indios de Misiones. No hubo defeccion ninguna de Raña, ni de ningun otro del bando de aquellos caudillos. Este Coronel abandonó despues la causa de la rebelion.

Vista la extremada inexactitud que encierran los pasajes citados, ya no puede extrañarse el modo completamente equivocado como consideran algunos Diputados Braseros la causa nuestra de la legalidad y los derechos del Sr. Presidente de la República D. Manuel Oribe.

Todos ellos se atienen á la renuncia que hizo este, y al largo tiempo que hace que fué nombrado Presidente de la República, para deducir que no es su gobernante legal. Nos detendremos un poco á examinar este punto; porque de dejarlo bien esclarecido aparecerá con evidencia el carácter legal de nuestra causa, y la legitimidad del gobierno de S. E. el Sr. Presidente Oribe.

Fué este general elevado á la primera magistratura de la República el año de 1835. El de 36, el cabecilla traidor salvaje unitario Lavalle, que había hecho la revolucion de 1.º de Diciembre en Buenos Ayres contra el legítimo Gobernador el Coronel Dorrego; que había fusilado á este despues de tomarlo prisionero; que era el jefe de la numerosa emigracion Argentina asilada en el país; y que había figurado siempre como cabeza principal en todas las hostilidades que desde aquí se dirigian al Gobierno Argentino, invadiendo él mismo en persona, protegido por Rivera, la Provincia Argentina del Entre-Rios, se sublevó con este contra el Presidente Oribe. Desde ese momento los rebeldes de la República Argentina y los de aquí formaron un compacto, alistados bajo la misma bandera, encaminados á un mismo objeto, y sujetos al mismo destino. La causa de la rebelion Argentina se

(1) El cuerpo que manda el Comandante D. Marcos Rincon, se halla actualmente incorporado á las Divisiones puestas á las órdenes del General D. Ignacio Oribe, que guarnecen los Departamentos de Soriano y Colonia.

identificó desde entonces con la de la rebelion Oriental. Juntas debían sucumbir, ó juntas triunfar: su objeto era derrocar los Gobiernos legales de esta y de la República Argentina.—Los mismos escritores salvajes unitarios así lo han afirmado, explicando el carácter del movimiento de Rivera y Lavalle el año 35. Segun ellos, este movimiento, análogo al de 1.º de Diciembre en Buenos Aires en 823, fué una consecuencia de la reaccion en que habían entrado los pueblos de ambas márgenes del Plata contra sus gobiernos retrógrados.—De la justicia de la rebelion no hay nada que decir. Hasta ahora nadie ha podido presentar un solo motivo en su abono, y es escusado pararse á explicar la iniquidad de un hecho condenado por todo el mundo, que nadie se atreverá á defender hoy, y que hasta ha sido últimamente anatematizado, aunque indirectamente, por los salvajes unitarios de Montevideo. Quien haya en efecto visto el modo como ha sido tachada la conducta política de Rivera en la pública acusacion que le hizo el Gobierno intruso, y en lo que se ha escrito contra él en aquella ciudad, no necesita mas para hacerse cargo de la enorme maldad é injusticia que encerró su rebelion.—Que esta, fuera de atacar todos los principios de orden y de libertad, violaba las leyes mas sagradas de la República, es cosa que á nadie se oculta. Pero la preservacion de las Leyes y su dominacion sobre las aspiraciones personales era una necesidad en cuya satisfaccion estaba vinculado el desarrollo regular y pacífico de nuestras instituciones, y los progresos morales y materiales de la República. Era, pues, un negocio en que se interesaba todo el porvenir de la Nacion la defensa de esas leyes. La causa de los que eso hacian, la causa del Presidente D. Manuel Oribe era por consiguiente la causa de la legalidad, la causa buena, la causa de la patria.—Ya se vé que esta causa no contenía un solo elemento de personalidad; que al contrario su base, su esencia, lo que constituía su fuerza, y su moral era el principio opuesto á lo personal, era la sustitucion de las cosas á las personas.—Y esa causa así de esa naturaleza ha podido perecer en la lucha que ha sostenido y sostiene contra el principio personal de la rebelion? ¿ha podido dejar de existir cuando todavia existe la causa contra la cual pugna, la causa que la hostiliza y que por necesidad produce su defensa? ¿Cómo es que fué justo, que fué conveniente que fué legal impedir el triunfo de la rebelion en 1836, y no lo es en 1848?—La causa de la legalidad, cualquiera que hayan sido los incidentes porque ha pasado, cualquiera que sea el tiempo transcurrido en su contienda con la causa de la rebelion, existe hoy del mismo modo que existía cuando esta tuvo nacimiento. La existencia de la una es inseparable de la otra.

Mas una causa cualquiera, una causa nacional sobre todo y de la naturaleza de la nuestra, no puede dejar de tener un jefe que la represente y dirija, y emplee su fuerza de accion; porque tampoco una nacion puede existir en tal caso sin una autoridad que la gobierne.—De dos maneras sucede eso cuando un enemigo, sea interno ó externo, llega á producir un trastorno grave y de duracion, como el que ha producido la rebelion de los salvajes unitarios: ó la nacion continua conservando la autoridad legítima que se ha dado, con el mismo carácter y nombre de su investidura legal, cualquiera que sea el tiempo que transcurra, ó si aquella falta instituye otra de un modo ú otro, á la que reconoce, obedece y sustenta. Bajo ninguno de estos dos caracteres legítimos quieren los Señores Diputados braseros á que hemos aludido reconocer al Presidente D. Manuel Oribe. Atenidos únicamente, como hemos dicho, á su renuncia, le niegan la calidad no solo de Presidente legal de la República, sino de legítimo gobernante supremo de ella.—Destruyámonos su error.

Es cierto que el Presidente Oribe resignó el mando cuando la alianza de los Agentes y Marinos de la Francia lo sorprendió poniendolo en el mayor peligro, y constriéndolo á dar un paso forzado, é inevitable. Es cierto que la Asamblea, que se hallaba en igual caso que él, admitió esa renuncia: pero tambien lo es que él protestó inmediatamente contra la violencia que le había obligado á renunciar contra su voluntad; y que esa misma Asamblea, posteriormente, cuando estuvo en libertad, reconoció la nulidad de la renuncia, y aprobó la conducta del Presidente Oribe, en todo cuanto obró á consecuencia de no haberse creído despojado de su carácter de Poder Ejecutivo legítimo de la Nacion por esa su renuncia forzada.

No se puede concebir porque dándose por decisivo el acto de la asamblea de admitir la renuncia del Presi-

dente D. Manuel Oribe, no se reconoce una decision mas valedera en su posterior declaracion por la que dió por nula y sin efecto esa renuncia y confirmó la protesta de aquel Supremo Magistrado de la República. En efecto no se puede negar que en este acto posterior obró la asamblea con toda libertad, y sin motivo ninguno que la obligase á esconder su voluntad. La mayor parte de sus miembros eran habitantes de Montevideo, y voluntariamente huyeron de allí viniendo aquí á servir la causa legal, unos directamente, y otros haciendo tránsito por el Brasil y la República Argentina. Su reunion, pues, aquí, á convocacion del Poder Ejecutivo que ejerce el General D. Manuel Oribe, ha sido libre, y libres sus resoluciones tambien. ¿Podrá decirse otro tanto del tiempo en que se hallaba amenazada la asamblea de la parte de tierra, por las hordas rebeldes que sitiaban á Montevideo; de la del mar, por las fuerzas navales de la Francia, que cerraban la salida del puerto; y del interior de la ciudad por las intrigas y manejos conspiradores de los agentes de la Francia? Seguramente que no. ¿Y en que consiste, pues, que se da credito y valor á los actos de la asamblea estando asi metida en tan peligrosa situacion, y se desprecian los que ejecutó despues en la mas plena y segura libertad? Esto es lo que no se concibe repetimos, á menos que se suponga que tanta inconsecuencia procede no mas que del espíritu hostil, y del deseo de dañarnos de los que en ella incurrían.

Visto que la renuncia del Presidente D. Manuel Oribe es de todo punto falsa de valor, por las circunstancias en que se hizo, y por haberlo asi decidido el poder ante quien se elevó; y que por esta razon ella no ha despojado á aquel magistrado del cargo que le confiara la nacion por medio de sus legitimos representantes, pasemos á examinar si el tiempo y alguna determinacion soberana de la nacion le han privado de su investidura presidencial.

Ya hemos dicho que la nacion no ha podido en el caso en cuestion existir sin gobierno, ni su justa causa sin un gefe que la dirija. Cuando la rebelion logró apoderarse del mando, merced á la cooperacion de las fuerzas francesas, no habia otro gobierno que el que ejercia el Presidente de la República D. Manuel Oribe, ni la causa de la legalidad tenia otro gefe que este, á quien la misma constitucion le daba ese caracter. La nacion quedó esclavizada sin ejercicio ninguno directo de su soberania: pero ella tenia una causa, y debia tener una representacion. Nada mas natural, mas legitimo tambien, que al que aquel mismo que habia elegido para gobernarla y que estaba á la cabeza de su causa, puesto por ella misma, continuase representandola, y defendiendo sus intereses, del mismo modo que habia sido antes. Transcurrió el tiempo, sin que la nacion pudiese restaurar su libertad. Una complicacion de circunstancias habian llevado al territorio Argentino la lucha principal entre los salvajes unitarios y los gobiernos legales de las Repúblicas Argentina y Oriental. Allí estaba peleando el Presidente Oribe; porque allí peleaba por la libertad de su patria, como aquí pelean por la de la suya los Argentinos que lo acompañan. Téngase presente que tan enemigo de nuestra causa era Lavalle como Rivera, y que tanto la dañaban los triunfos de aquel, como los de este. Vuelto despues al pais el Presidente Oribe, y aclamado por la mayoría de la nacion, que acudió á continuar bajo su direccion, la causa de la legalidad contra la rebelion ¿podria alguno con algun viso de razon objetarle el tiempo que habia transcurrido, para negarse á reconocerlo como Gefe Supremo legitimo de la nacion? ¿Qué se le diria? ¿que habia espirado el plazo de sus poderes? Pero ese plazo supone una cosa que no existia, una situacion legal, y el ejercicio constitucional de los Poderes públicos á que se aplicase. ¿Se le opondria que necesitaba un nuevo nombramiento, unos nuevos poderes legales que lo habilitasen para gobernar la nacion? ¿y si el completo trastorno traido con la rebelion, y la guerra porfiada que sostenian los rebeldes patrocinados por el extranjero que amenazaba acabar con la existencia de la Patria, hacian imposible la vuelta completa al orden constitucional mientras existiese esa situacion? ¿y si las necesidades mas vitales de la República, si su misma salvacion pedia que no se hiciese innovacion hasta triunfar en la lucha? y, por último si el voto de la nacion, pronunciado de mil maneras, y acompañado de la resolucion de aquellos hombres á quienes habia elegido para representarla, llamaba decididamente á ese General D. Manuel Oribe á continuar, puesto á la cabeza del Pais, dirigiendo sus esfuerzos, y conduciendolo

al triunfo de su sagrada causa? ¿Si eso era así, como fué, habria hombre racional que todavia dijese: nó, tú no eres el Presidente, el Gefe Supremo de la nacion?

Invitamos á cualquier hombre imparcial á que estudie la historia de lo pasado, á que medite sobre la actualidad; y estamos ciertos que, si lo hace, claramente verá que ya se le considere bajo el aspecto legal, ya bajo el de la legitimidad natural, ya bajo cualquier respecto que diga relacion á las necesidades mas vitales de la nacion, el General D. Manuel Oribe no puede ménos de ser tenido por el Presidente de la República, que es el título que ella dá á sus Magistrados supremos.

No terminaremos este artículo sin estrañar porqué es que en el seno de la Cámara temporaria del Brasil se han alzado esas voces negando el carácter de gobernante lejimo de la República al General D. Manuel Oribe; y porqué le arguyen con artículos de nuestro código fundamental, pésimamente aplicados; en tanto que no dicen una palabra de los vicios de completa y absoluta ilegalidad que contiene la institucion de la actual autoridad salvaje unitaria de Montevideo. Se hace un cargo al Presidente Oribe de que sus poderes han espirado, y se dice que el Brasil no puede reconocerlo como gobierno de la República; y porqué se reconoce con este carácter al Gobierno intruso existente en aquella ciudad? ¿No ha espirado tambien el plazo de sus poderes? ¿No es él obra de sí mismo, sin orijen ninguno popular, y elevado por medio de una rebelion contra la titulada Asamblea nacional de que procedia, y á la que sin embargo destruyó, alzándose con el mando, contra la voluntad de ella? ¿Porqué se habla y se obra con esta inconsecuencia? No inviste carácter lejítimo el Presidente D. Manuel Oribe, que fué elegido legalmente para el puesto que ocupa, que gobierna en todo el territorio de la nacion, á excepcion de Montevideo, y que está á la cabeza de ella combatiendo por la causa de la legalidad, por la causa de la independencia, contra los salvajes unitarios y sus sostenedores extranjeros; y ese estafermo D. Joaquín, á quien solo por burla puede llamarse Presidente de la República, y que ni siquiera gobierna las pocas cuerdas de tierra á que se estiende su jurisdiccion, juguete de los extranjeros, y de los ambiciosos que lo dominan, es cortejado y saludado como gefe legal de la nacion por los Agentes del gobierno del Brasil....! ¿No repugna esto? ¿no merece notarse de ningun modo?—¡Cuántas reflexiones se nos ocurren en este momento! Pero callaremos; por que lo que ménos queremos es lastimar con inferencias, que, aun que muy fundadas, puedan ofender, contra nuestros deseos, la delicadeza de señores á quienes ningun motivo tenemos para dejar de considerar.

Demostrado que hay una causa legal en la República, cuyo triunfo le es de tanta necesidad ahora como ántes, y que á su cabeza está con pleno derecho el General D. Manuel Oribe, revistiendo, por los mismos principios é intereses de la legalidad el carácter lejítimo de Supremo Poder Ejecutivo de la nacion, pasaremos en el siguiente número á esclarecer otros puntos que tocaron en sus discursos, con relacion al Rio de la Plata, varios señores Representantes Brasileños.

Prometimos en nuestro número anterior dedicar algunas observaciones á los sucesos de Paris, de que instruye la correspondencia del *Jornal do Commercio* en su número del 19 de Agosto y vamos á cumplirlo. Breves serán aquellas, porque los hechos de suyo hablan bastante alto y no necesitan ni es posible comentario mas elocuente.

Léjos de nosotros la idea de introducirnos á examinar la justicia ó injusticia de las revoluciones puramente interiores de aquel pais, pero parece que debemos poner el cuadro que él presenta á los ojos de las Repúblicas del Plata, como una especie de vindicacion de las calumnias que se les han prodigado y de las injurias que, apoyadas en aquellas, se les han hecho.

La Francia presenta hoy un espectáculo horrible, pero curioso. Una nacion que hace apenas medio año, derrocó el solio de los reyes para colocar en su lugar la República: una nacion que ejecutó este grandioso movimiento, por la prosperidad y el progreso del Pueblo, mira ahora cubiertas las calles de Paris del espantoso número de cincuenta mil hombres entre muertos y heridos pertenecientes á ese mismo pueblo: una nacion que proclamó entre entusiastas aplausos, la abolicion de la pena capital para los delitos políticos, ve ejecutar los hombres á centenares por esos mismos delitos. Ella que

se precia de marchar á la cabeza de la civilizacion del mundo ha presenciado en el seno de su capital, los mas repugnantes horrores.

Y no es que la Francia de hoy haya dejado de ser la Francia de algunos años atras; no que haya cambiado esencialmente de sentimientos ni que los franceses de hoy sean peores ni mejores que los franceses de há diez años, sino que como vulgarmente se dice, nadie puede asegurar de esta agua no beberé.

En medio de la paz es muy fácil proclamar principios de humanidad y civilizacion que en ese estado nada cuestan: muy fácil censurar los actos mas justos de otras naciones que no gozen de igual beneficio; pero de otro modo se piensa y de otro modo se obra, en medio de las revoluciones, en la agitacion de los espíritus y el trastorno de las sociedades.

Las Repúblicas del Plata entre tanto, han sido calumniadas y atacadas por la intervencion Europea, en que figura la misma Francia, bajo el pretexto de la humanidad y la civilizacion; para contener se decia, la efusion inútil de sangre; para poner un término á los horrores que asombran á estas regiones y al mundo. Estas eran poco mas ó menos, las palabras que en todos sus documentos públicos empleaban los Agentes de la Inglaterra y la Francia.

Prescindamos, porque ya tantas veces se ha dicho, del absurdo atroz que envuelve el hablar de humanidad, de civilizacion, de contener la efusion de sangre y poner término á los horrores, cuando esa misma intervencion prolongó la guerra, animó á los vencidos salvajes unitarios, les dió armas y les ayudó en la pelea; cuando esa misma intervencion hizo tronar sus cañones por todas nuestras costas, destruyó nuestras poblaciones, sembró en fin la desolacion por todas partes; prescindamos de ese absurdo atroz y proponemos un parangon entre lo que aquí ha pasado y lo que pasa en Francia.

Aquí la nacion Oriental en maza ha combatido y combate por sus mas sagrados derechos; primero por el restablecimiento de sus Leyes y de su autoridad legal; despues por estos mismos grandes objetos y en union con la Confederacion Argentina por el inmenso interes de su independencia atacada ferozmente por la intervencion europea. La Confederacion Argentina su aliada, antes, en guarda de sus derechos, hacia una guerra justa, contra un enemigo que la habia provocado é invadido su territorio y posteriormente, en union con la República Oriental, defiende heroicamente la independencia sagrada de ambos Estados.

No milita seguramente la misma importancia de motivos en Francia y aunque cada nacion conoce mejor que ninguna otra lo urgente y poderoso de sus necesidades interiores, á los ojos del mundo y á los de la razon, ningun derecho existe mas natural, mas caro ni que justifique mas acabadamente los medios, que el que tiene una Nacion en defensa de su independencia.

Eh bien, pues: nosotros barbaramente atacados, nosotros objeto de una tiránica é irritante injusticia por parte de la intervencion Anglo-Francesa aliada á los salvajes unitarios: nosotros que oíamos el clamor de nuestras familias desoladas por la destruccion de sus hogares, por el asesinato brutal de un padre, un hijo, un esposo, no solo no hemos cometido excesos tales, pero ni aun siquiera los hubieramos inaugurado.

Mientras la intervencion anglo-francesa yermaba nuestro pais y diezaba á sus valientes defensores, los subditos ingleses y franceses llevaban una existencia tranquila y sin peligro, y apenas algunos eran separados de los lugares de la costa donde podian ser perjudiciales; medida que solo subsistió mientras los primeros momentos del peligro la hicieron necesaria, habiendo vuelto posteriormente á sus antiguas tareas y moradas los pocos que fueron motivo de ella.

Por lo demas, no queremos con estas reflexiones presentar á la Francia en mal punto de vista: ofendidos por ella, distinguimos sin embargo, entre los atentados del decido gobierno y los sentimientos del pueblo.

Solo pretendemos probar hacer patente que hemos sido calumniados y atacados sin razon contra todos los principios conservadores de la paz y libertad de las naciones.

La Francia que prolonga aun este estado de cosas en nuestras aguas, ¿miraria con indiferencia que se hiciese respecto de ella hoy, por otras potencias fuertes, la aplicacion de las doctrinas que ha querido sostener en el Plata? Seguramente, no.

Debemos esperar por ello que el nuevo gobierno que se establezca practique en estos paises lo que desearia se practicara con él, para dar con ello al mundo una prueba de justificacion, imparcialidad y buena fé.